

Lara Rodríguez Chenlo
VOLUNTARIA EN CALCUTA (LA INDIA)

Viguesa de 30 años, estudió Periodismo y Educación Social, y, tras vivir en Amsterdam, lio el petate porque es «arraigada al desarraigo» y no sabe quedarse quieta viendo cómo se mueve el mundo. No echa de menos una oficina, un sueldo y las comodidades propias de una vida burguesa. En Calcuta se ha encontrado a sí misma, en medio de su caos y de su energía siente que todo es posible y ve cómo la ciudad se transforma y la transforma también a ella. Dice que tiene alas porque le gusta volar, y ahora su cielo se llama *Lights of hope*.



“Calcuta es el prólogo de un libro inagotable”

La India es uno de esos lugares en los que no sólo se cambia de cielo, sino también de alma. Lara Rodríguez llegó a Calcuta hace poco más de un año. Es zurda y come siempre con la mano izquierda, la que allí llaman *la mano sucia*, porque la utilizan para lavarse. La primera vez que la vieron comer empezaron a reírse y a decirle que parara. Ahora, ya come con la derecha. Cuenta la anécdota como ejemplo de la metamorfosis que ha tenido que experimentar para adaptarse. Calcuta es el prólogo de un libro inagotable. En las abigarradas calles, un flujo incesante de príncipes y mendigos, vestidos de seda o en harapos. A veces huele a incienso y a veces a basura. Caminas junto a elefantes maquillados, camellos decorados con henna tirando de carretas, *rickshaws*, ciclomotores, mendigos, caballos blancos ricamente enjaezados montados por jinetes que parecen héroes de cine de Bollywood o figurantes de opereta que preceden a los múltiples de cortejos de otras tantas bodas. Los saris de las mujeres parecen robados al arco iris. «He viajado a muchos países —dice— y conozco culturas diferentes pero en la India es donde los contrastes y las diferencias sociales son más grandes. Puedes comer por 30 céntimos o por 40 euros y eso representa muy bien cómo en este país tienen cabida todos». Llegó a Calcuta para trabajar en una ONG española, después de unos meses, decidió montar, con un grupo de «idealistas soñadores», su propio proyecto: la asociación *Lights of hope* (www.lights-of-hope.org). «Llevamos a cabo un proyecto de alfabetización llamado *Lápices digitales* donde casi 200 niños y niñas utilizan las nuevas tecnologías como herramientas de cambio social. Nos desplazamos a cuatro áreas de los *slums* (suburbios) donde, además de nuestro proyecto, intentamos ser partícipes de la cultura y la sociedad. Es un auténtico placer poder convivir y aprender de esta gente, que generalmente pertenece a las castas más desfavorecidas. Además, preparamos nuevos proyectos, como *Vagamundos*, centrado en el voluntariado internacional, y *Ludonomía*, en actividades de ocio para los peques.» Calcuta no es exactamente una ciudad, sino un pavoroso repertorio de contrastes. Puedes encontrarte un centro comer-

cial con tiendas de lujo y en la parte trasera ver *slums* llenos de basura y ratas. A Lara le resulta curioso que todos los niños lleven *tika* (una especie de punto rojo o negro en su frente) para protegerlos. «¿Protegerlos de qué? —se pregunta—. Las condiciones de higiene y salud en las que viven y la falta de educación les convierten en niños sin futuro. De ahí, la necesidad de trabajar con ellos, muchos no están

escolarizados porque no tienen papeles, son chicos sin nombre, sin identidad legal.» En Calcuta hay tela cortada para rato para idealistas soñadores como Lara. Vive sola en una especie de hotel-hospedería. Cada uno tiene su cuarto y sus cosas, pero el edificio y el patio son comunes. Está en Suddest Street, el barrio de la mayoría de cooperantes. Es una zona muy animada, pero el rincón favorito de Lara es cada una de las áreas en las que trabaja y despierta la sonrisa de sus niños. Se levanta muy

« Impresionan los contrastes de este país, donde se puede comer por 30 céntimos o por 40 euros, lo que significa que aquí caben todos. »

temprano (a las 6:30 más o menos), desayuna un gran zumo en algún puesto de la calle o, si tiene más de tiempo, va al *bareto* de un indio que habla español y ha puesto a su bar *Taberna Vasca*. «En el fondo —concluye Lara— somos más parecidos de lo que pensamos. Nos unen las mismas cosas: la familia, los amigos...» **por Gonzalo Ugidos**